

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LA VIRGEN DE LA MERCED

HUETE, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2013

Por Alejandro de la Cruz Ortiz

UNA CANCIÓN ÍNTIMA. EL ORGULLO DE SENTIRSE OPTENSE

Como no puede ser de otra forma, mis primeras palabras tienen que ser para daros las gracias por venir a escucharme en este jueves que tanto representa para mí.

No puedo olvidar a la corporación municipal que en un raptó de locura se acordó de mi nombre para ocupar tan honrosa tribuna en estos días que siempre han sido, que son, y que deben seguir siendo un eje sobre el que gire la alegría y la cordialidad de los óptense.

A mi memoria vienen también quienes me enseñaron a vivir en esta querida ciudad, desde mi temprana infancia que remonta ya a más de 60 años, ellos fueron los vecinos de la calle de Mariano Pozo, Evaristo, Felipa e Inocente, Juana y Gregorio, lugares como la Erilla, la quesería, la casona de don Eusebio y de doña Angustias, la carpintería de Getrulio, la última casa de la acera, la de Trini. Son muchos, y como siempre se dice, alguno quedará en el tintero – mis disculpas por ello-, mi frágil memoria recuerda a dos hombres, por supuesto junto a sus mujeres, que con un carácter, en ocasiones ciertamente incomprensible por su rudeza e ironía, también aportaron algo en mi ser de este pedazo de la baja alcarria, ellos son Germán y Bernabé. No se puede borrar de las vivencias, las nocturnas excursiones de casa de los abuelos hasta el bar de Germán para ver aquel fenómeno llamado televisión. Allí vi lo que Tomás Leis llamo engaño, la primera pisada del hombre sobre la luna. Y el teléfono, que os voy a decir del teléfono, pues que el teléfono lo puso Julián en su bar, el venía de Fuentes Claras según recuerdo, y como el vivir en sociedad era tan sumamente distinto, en mejor, a lo de hoy, ese artefacto por el que se escuchaba y se hablaba salvo a mi padre de unas cuantas circunstancias profesionales, Julián tenía la deferencia de bajar a casa de los abuelos y decir con tratamiento, igual que ahora, don Alejandro que lo llaman por teléfono.

Por aquellos entonces, en los que mi espíritu y formación humanística fue cuajando como el requesón, recuerdo al rentero que cada temporada llegaba con una pequeña primicia de lo que daba el huerto gracias a su esfuerzo y trabajo, esos pepinos, pimientos, tomates, patatas, calabazas, disculpar el desorden, no viene al caso nombrarlos por la cronología del florecimiento, ya que lo que me importa es el hombre

que penosamente trabajaba la tierra y recogía con orgullo el fruto de su esfuerzo. Tenemos vega, somos vega y de ella hemos disfrutado sabiendo que un cacho más abajo las cosas del campo iban mejor.

Desde que supe que tal día como hoy iba a ocupar esta tribuna, me he formulado multitud de preguntas, para de una forma más o menos racional, enumerar los motivos por los que, salvo impedimento forzado por la salud, me llevan una y otra vez a coger la carretera 2019 en los altos de Cabrejas con destino a Huete, de los muchos que barajé tan solo uno, por simple, me satisfizo, esta tierra engancha.

Incluso a los que de alguna forma hemos hecho sustento de la escritura y la voz, siempre presente la maravillosa radio que colmó tanta ansiedad y tanto deseo de comunicar lo que aceleradamente bullía por un triste cuerpo humano. Se nos hace difícil, cada vez más difícil, ser capaces de encontrar la palabra que, como una flecha conciliadora, entre en vosotros, para que comprendáis todo un mundo de sentimientos que os quisiera transmitir. Ocupar esta tribuna, después de los que teóricamente pudieran tener un mayor interés social y ya pise, tiene un encogimiento del alma especial, ante estos micrófonos estuvo en 1989 mi padre, cada uno de nosotros sabe lo que es nuestro padre, no merece la pena llamar vuestra atención sobre ello, yo, porque soy hijo suyo, y porque él fue un hijo de Huete – en el tremendo concepto que él concedió en su vida a esa circunstancia – estoy obligado, gustoso y orgulloso de hacerlo público. Soy hijo de un hombre que amo Huete hasta la extenuación, todo lo que pudo hacer lo hizo, de todo se sintió orgulloso, lo que no se le reconoció lo hecho a la alforja del olvido. Y sinceramente, yo que no lo olvidare, se lo agradezco y él lo sabe.

Ahora toca hablar de mi otra pasión, la Historia, con mayúscula. A ella me acerque hace ya unos cuantos años, desde la afición y ahí sigo, pues no tengo formación académica suficiente para asimilarla, digerirla y explicarla. Aunque estoy convencido de que cogida al detalle, sobre Huete se podrían llenar cientos y cientos de páginas. Esté poco o muy documentado, me gusta creer que por estas tierras anduvieron íberos, celtas, celtiberos, romanos, godos y visigodos, musulmanes bereberes, cristianos, templarios con sus leyendas y maldiciones incluidas, reformistas,

erasmistas, el simpar abanico de órdenes monásticas, los discutidos jesuitas (con autentica presencia arquitectónica verificada) en la formula más querida por Ignacio de Loyola, la enseñanza y sus apreciados colegios, donde se aprendía el racionalismo cartesiano, “ guerrilleros negros” que con el sustento de sus ejercicios espirituales hicieron sombra al mismísimo obispo de Roma, padre de toda la cristiandad.

Huete en la historia no es una mera incursión en el devenir de unos reinos, es, por contra, una autentica explosión que te inunda física, racional y espiritualmente.

Es por tanto una plena alegría la que colma mi ánimo en estos momentos por verme reflejado en un hecho que para mi padre fue crucial y por estar alabando a una ciudad que es crisol rebosante donde se funde una de mis más queridas aficiones.

Quiero contaros, en una especie de canción íntima, nacida en el corazón, que esta tierra es un orgullo y esta ciudad una pasión.

Muchos de aquí me regalan el oído llamándome paisano. Los que más me tratan saben que no nací aquí. Pero en este pregón, que es un pregón de confesiones, tengo que decir en alta voz lo agusto que me siento cuando en ese leve, ligero y casi insignificante cruce de calle ajena a esta ciudad, oyes con fuerza no un hasta luego, ni un adiós, sólo un grito identificativo ¡Hola paisano!, alguno lo dirá simplemente porque no recuerda mi nombre, otros porque el paisanaje une; a los primeros mi agradecimiento por la vinculación a la tierra, a los otros por hacer manifiesto un estar, un ser, un sentirse. Aquí, los de este rincón de la alcarria, nos identificamos allí donde hay que hacerlo, cuando no paseas por el callejero de Huete.

Aunque mi lugar de nacimiento no fue este, precisamente es aquí donde aprendí a sentirme parte insignificante, un sumando más, de esta ciudad. En el capítulo de agradecimientos queda reflejada una minúscula parte de quienes aprendí a disfrutar las bonanzas de tener pueblo, de ser de pueblo, de libar, como las abejas lo hacen de las flores, el néctar del beneficio que a la fin y a la postre se hace miel, producto del que el insigne Sebastián de Covarrubias recoge en su siempre bien ponderado Tesoro de la Lengua Castellana o Española: “la miel es un rocío del cielo que cae sobre las

hojas de las yerbas y de los árboles, el cual las abejas desfloran, comen y lamen con muy grande apetito a causa de su natural dulzor”.

Por ello es por lo que quiero remarcar el título de esta encendida canción, el orgullo de sentirse óptense.

Ya he apuntado mi afición por la historia, ahora debo matizar el convencimiento que tengo de que la historia generalista, por grande que sea, no son los grandes movimientos de los ejércitos de monarcas apoyados por los señores, grandes de reinos, duques y marqueses, y la siempre decisiva intervención de las todo poderosas órdenes monásticas. La historia, la que vale, la que sirve está escrita por insignificantes individuos que forzados por las circunstancias y lo que la sociedad mandaba en cada momento, se pertrecharon de los más variopintos artilugios para guerrear, o si queréis defender un estatus que en el día a día les proporcionaba actividad y sustento para sus familias. En Huete estuvieron y presentes están en nombres de lugares, los conocidos como grandes señores, pero en Huete todavía viven los apellidos de las familias que hicieron con sangre y esfuerzo lo importante del lugar, al servicios del señor, del comendador, o del mismísimo rey, pero sobretodo cumpliendo un deber innato no aprendido que se puede resumir en esta es mi tierra, esta mi familia, este el sustento de la misma, y aquí ofrezco mi sangre por ello.

Todo ello igual que las grandes partes de esta nación, la más antigua de Europa, que se llama España.

A buen seguro que rebasan ampliamente las mil, el número de veces que en el ir y venir a mi casa de ahora, he pasado frente a una, la más famosa, de las portadas del Cristo, o convento de Jesús y María. Tantas y cuantas veces lo he hecho mi cabeza ha girado bien a la derecha cuando subía, bien a la izquierda cuando bajaba, me siento imantado por tan bello trabajo, cincel y martillo pusieron una gota más a la belleza de la ciudad y sumaron otro motivo al orgullo de los que disfrutamos de esta tierra.

Igual ocurre cuando por una u otra razón, reposo mirando desde ese balcón de la Alcarria que te enseña el techo de Huete. Me resulta difícil, que digo difícil, casi imposible sustraerme a la admiración de las espadañas y elevaciones de tan nobles

edificios que desde allí se observan, esa Torre del Reloj, ese San Pedro, santo Domingo, San Nicolás, la Merced, el ábside de Santa María de Atienza, Jesús y María con su torre piramidal, son trozos de vida escritos en piedra.

Aunque la cuestión no está en seleccionar o inclinarme por uno u otro, os confieso que el colegio de los jesuitas me atrae, puede que sea por la convivencia que hace muchos años tuve con esta orden, el caso es que recientemente ha llegado a mis manos, procedente de mi amigo Antonio que anda escudriñando en el archivo diocesano y me hace llegar todo lo que a Huete concierne, la transcripción de un documento fechado el 13 de febrero de 1733, un contrato por el que el maestro arquitecto Jaime Bort, vecino de Cuenca, por encargo del Reverendo Padre Alfonso Gómez de la Compañía de Jesús, rector del colegio de la ciudad de Huete, con la anuencia del Señor Don Juan Antonio de Parada y Beraez, vecino de Huete, por el precio de quince mil reales de vellón, realizaría el retablo de la capilla mayor del colegio, además de una estatua del Patriarca San Ignacio de Loyola de la misma estatura que la de San Francisco Javier que está en el colateral de la iglesia con ropa de jesuita, y una pintura de la altura de la puerta del tabernáculo con la figura del buen Pastor y otra de reserva con la figura de un cordero con su bandera.

Y qué decir de otra nobleza, más escondida, no tan elevada, pero de una indiscutible calidad, la que se encuentra cubierta por los cientos de tejados que como un suave manto, caído con la ligereza del rocío, alberga a las gentes de aquí.

Allí, en todas esas casas, se guarda el tesoro máspreciado de esta ciudad, las alegrías y las penas, los sinsabores y los esfuerzos recompensados, las devociones, los llantos y las risas que conforman a los hombres y las mujeres, las pequeñas historias que hacen grande a la Historia.

Escondarse de la luz sofocante del verano bajo los álamos del parque de la Chopera, bien por simple paseo o buscando la recoleta ermita de San Sebastián, para de hinojos o de pié hablar con la Virgen de los Desamparados, pequeño templo en el yo vi sus paredes dando cobijo a peticiones o agradecimientos en forma de exvotos. Otro gran destino que aquí se puede vivir.

Es un rito, cuando me levanto al alborear, buscar desde la terraza de casa, la que da al oriente, la vega del Cauda, como si de una enciclopedia climatológica se tratara, trato de adivinar como vendrá el día, y desde allí, escondido entre ramajes de olmas muertas o a punto de hacerlo, el vestigio de un paño de la casa que fue de los franciscanos. Nuevamente mi mirada queda fija en el paisaje contemplando otro retazo más.

Estas, mis vivencias arquitectónicas, son meramente unas gotas del caudal que un detenido paseo por Huete ofrece a quienes sientan la necesidad de preguntarse cosas.

Datos y sentimientos que quiero hacer vuestros para seguir sumando en el orgullo de ser y sentirse óptense.

El tiempo es un torbellino que casi todo lo cambia. Un tobogán que en su recorrido sube y baja.

Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor, tengo mis dudas sobre tal afirmación. Todos los tiempos son buenos o malos contemplados entre los márgenes de cada momento.

Es cierto que cuando rememoras años ya transcurridos, sobre todo los que ya hemos llenado el capazo de nuestras vidas con un buen puñado de ellos, nos dejamos llevar por la añoranza, tal vez sin pensar que las metas de los menos años eran otras muy distintas. Los objetivos de la sociedad en la que antes estábamos incursos no participaban de la vorágine que los avances técnicos vividos últimamente nos mueven en un vaivén, todo nos empuja a buscar lo nuevo con expresa renuncia a las raíces que nos han formado. Me pregunto si es mejor tener más, y más, y más, antes que serenamente disfrutar de lo que tenemos; si es preferible el cemento, el ladrillo, el asfalto, las prisas y los agobios que parece que buscamos emigrando, antes que la placidez serena de un paisaje que por repetido no deja de ser cambiante, incluso el de los ocres ariscos de la olvidada Alcarria.

Mentiría si no reconociera la paulatina caída, ya larga en el tiempo, de la vida en Huete. No es lugar un pregón de fiestas para buscar porqués o analizar causas. Pero si es buen momento para ensalzar el trabajo de las gentes y su resultado.

Hubo unos tiempos que mi lagrimal se quedaba seco porque todo se moría, lo que viví, lo que quise, lo que desde lo más íntimo de mí quería vivir con un mundo de esperanza, y la fe, que no la oración, trajo un manojito de mujeres y hombres empujados por el amor a su tierra que con mucho esfuerzo andan dándole la vuelta a la tortilla, en verano tenemos radio local. Nació un edificio para que los mayores y más necesitados encuentren cobijo. Otros que también llevan vivido lo suyo, sin encomendarse ni a dios ni al diablo, Voloptenses se llaman, recogen lo que el turismo nos trae y les explican la grandeza de Huete en la historia, el corazón que hizo posible esa grandeza y lo mucho que lo ha maltratado el devenir. Y los pétalos rojos de los rosales que plante en la casa que mi padre quiso legar a sus hijos por amor a su pueblo ya no se quieren caer, han visto el esfuerzo y el trabajo, incluso la comprensión de los que todavía no están implicados, de ese grupo de gente que hacen grande lo denominado Amigos de Huete Futuro, de ahí, como un útero extremadamente fértil nacen iniciativas que son realidad y sobre todo semillas que caen en tierra fértil.

Tengo que citar un nombre, solo uno de entre los muchos que llenarían una larga lista, lo hago porque ya no está entre nosotros y se lo merece. Como bien dijo nuestro alcalde hace tan solo un puñado de horas a Florencio de la Fuente no se le puede rendir un homenaje, pues esa palabra parece que lleva implícito un fin, se le hizo un reconocimiento, lo que él empezó con su gran donación de arte necesita de continuidad, del empuje de todos nosotros, desde esta tribuna yo me sumo a ese reconocimiento.

Todos ellos ahora hacen posible que yo pueda mostrar públicamente mi orgullo por sentirme óptense, por poder cantar con la cabeza muy alta mi vínculo con esta ciudad, por expresar ante quienes me unen a ella lo bueno y lo bello que encierran unas fronteras creadas para recibir, nunca para cerrar.

Y si esta es mi posición y actitud, quiero pedirlos que os unáis a mí, porque creo que es posible, sin calificar esplendores, encontrar el camino que nos lleve a reverdecer la savia que nos da vida como sociedad enclavada en un pedazo de tierra de una patria llamada España.

Os he hablado de los nobles edificios que nos enorgullecen, de las casas que dan cobijo a la riqueza del pueblo, las gentes que las habitan. A estas alturas de la disertación se puede pensar que cayó en el olvido del pregonero, la Merced, nada más y nada menos que el buque insignia de la flota óptense.

Nada más lejos de mi intención. Es el objetivo de los finales de mi perorata. Puedo decir que asombra su grandeza, que enmudece el perimetrar lentamente sus tres fachadas vistas, que te asaltan una multitud de porqués tal construcción se hizo posible aquí, precisamente aquí, que recorrer sus entrañas sobrecoge, que una especie de halo te rodea como el capullo a la crisálida si tienes la suerte de verte solo en uno de sus largos pasillos o en una de sus grandes dependencias. Y dicho queda.

Ocurre que su iglesia, que es nuestra actual parroquia, tiene sus puntos de interés, los arquitectónicos, como la pila bautismal que hace tiempo se nos explicó en magnífica conferencia, los históricos por su uso, como recientemente nos ha descubierto un libro que habla de un hospital inglés, los curiosos, por las anécdotas que en Madrid me contó el pintor que plasmo a los cuatro evangelistas en las pechinas del transepto, los anecdóticos por las travesuras que de niños tenían como escenario el coro, y hablando de él, lo muy personal que me contaron quienes tuvieron la suerte de escuchar desde ese lugar la prodigiosa voz con la que Dios dotó a mi tía Carmen que fundamentalmente se sustancia en los momentos en los que cantaba el Ave María de Schubert.

Ahora viene al caso destacar tan grandiosa iglesia porque entre sus múltiples estancias existe una, recogida, entrañable, que sorprende que no brille más pues allí se han derramado muchas lágrimas, se ha encontrado mucho consuelo, se han elevado muchas plegarias y oraciones. Está en un absidiolo –si tal espacio se hubiera conservado en el estilo arquitectónico de la época de su construcción- de la nave del evangelio. Es el trono de Jesús, del Jesús de Huete, del Nazareno mejor retratado por la gubia de un escultor cuya mano sólo pudo guiar el retratado, en uno de los más agónicos momentos de la pasión humana que trajo esperanza y salvación al hombre.

Ante Él, en íntimo recogimiento, vuelco mis torpezas, incluidas las cometidas en este pregón, y os pregunto: Si Dios, el Padre, quiso encarnar a su hijo, ¿qué es un hombre sin su madre?

En los actos de la vida, todos los momentos llegan.

Entremos en la iglesia de la Merced, caminando por la nave central llegaremos al presbiterio y allí cerraremos los ojos. Si pensáis que va a ser posible, desengañaos, una perla negra brilla con más intensidad que el sol, nada ni nadie podrá sustraerse a tal efecto, por increíble que se sea el silencio que acolcha a nuestra Virgen morena le tiene que sonar a sinfonía.

En torno a Ella nos hemos juntado para celebrar la fiesta. Es la estrella Polar que debe marcar el norte de nuestra vida.

El próximo sábado, como quien dice mañana mismo, algo nuevo y viejo a la vez, va a ocurrir. El nacer de la nueva sangre que cada año los óptense necesitamos.

Es el momento de sentirnos lo que somos, una vieja ciudad que quiere, como signo de nuestra identidad, rendir homenaje cierto acompañando a la Virgen en solemne procesión.

El ir y venir de todo lo que el tiempo conlleva, va poniendo sellos para que las cartas lleguen a su destinatario, las voces emisoras, incluso desde el silencio, han escrito el mensaje que se envía, es septiembre y en la última decena del mes, Huete convoca para celebrar la Merced entorno a Ella, la madre por encima de todas las madres.

La devoción puso el pórtico a la fiesta y el sábado se aflojarán arbotantes y contrafuertes hasta dejar caer la piedra clave del arco perpiaño. Entrará la luz a raudales y habrá que esperar un año para poder volver a vivirlo. Ahorrando adjetivos, para no consumirlos, la descripción es sencilla de contar para los que la viviremos, algo más complicado explicarlo a los que no tengan la curiosidad de acercarse a las sobadas aceras del recorrido procesional.

Será una explosión de amor, una manifestación de ser, un orgullo de fe en esa imagen que tanto consuelo aporta y aportará a los que tenemos como meta a Dios, autor

indudable de la afluencia de las gentes enmarcadas por una división civil, el municipio y su término, e incluso más allá, el arciprestazgo.

Ya sueño con la anochecida del sábado, gloria y loor, advocación y devoción, han impregnado hasta emborracharlo, el viejo suelo de las calles de la milenaria ciudad, los acordes sonaron distintos e incluso escrutando la mirada de los espectadores surgió un no se qué que será difícil de olvidar.

Y para finalizar, dejarme que os diga que estamos en fiestas, que es nuestra fiesta, que nada ni nadie puede enturbiar nuestra actitud entre trago y trago, entre bocado y bocado, renacemos un año más, enfrentaremos el otoño y el invierno que se nos avecina con la energía de los inminentes tres días que nos esperan de vivir las calles de esta ciudad en un apogeo de luz, música y color.

Que seáis felices y gracias por la paciencia que habéis mostrado escuchándome.

Alejandro de la Cruz Ortiz